

Né de la Terre. Mito, política y autoctonía.

Lucía Romero Mariscal
Universidad de Almería, España.

Né de la Terre es una edición en un solo volumen de una serie de trabajos de N. Loraux publicados entre los años 1981 y 1994. Después de la difusión, a principios de los ochenta, de sus dos obras más significativas sobre la identidad ateniense, *L'Inventio d'Athènes* y *Les enfants d'Athéna*, N. Loraux amplía la línea de sus investigaciones a otras cuestiones relativas también a la vida y el pensamiento político de la Atenas democrática. En ese sentido, la ventaja de esta nueva edición es que reúne en un mismo libro materiales que se hallaban dispersos entre la amplia producción de esta estudiosa, incursiones que versaban, en definitiva, sobre un mismo tema –el del pensamiento de los antiguos sobre sus orígenes, la expresión de dichas formas de pensamiento en los mitos fundacionales de Atenas y las consecuencias derivadas de dicha expresión en la ideología de la ciudad–, una temática analizada con diferentes inflexiones en cada nueva lectura o acercamiento que, de forma recurrente, había realizado esta investigadora sobre los textos antiguos al través de su historia.

N. Loraux distingue dos tipos distintos de mitos que el imaginario griego representa en su figuración de los orígenes del hombre; ambas figuraciones están ligadas a la tierra, pero mientras que una modalidad vincula al hombre con la misma de manera *genética* –lo hace nacido de la tierra mediante una *génesis* infusa, sin concurso de mujer– la otra modalidad, de menor concurrencia entre los textos conservados de poetas y filósofos, vincula al hombre con la tierra de una manera que podríamos llamar *poiética* –crea al hombre a partir de la gleba. La diferencia entre *genesis* y *poiesis* es radical, pues mientras que la primera pertenece a un momento originario sustancialmente masculino, la segunda introduce el elemento femenino como eslabón reproductor necesario, y condena al hombre a una sucesión efímera que lo define como mortal de un modo característico.

“Los mitos griegos leen la muerte en la vida” viene a decir N. Loraux (p. 15), y que la condición de mortal es la seña de identidad del hombre, su definición más común e ineluctable, se aprecia no sólo en el mito de Pandora ya analizado por J. P. Vernant, sino en su continuación, en los nuevos orígenes posteriores al diluvio, con la generación de los hombres y mujeres nacidos de la tierra como pueblo a partir de las piedras (*laoi*) que van lanzando los descendientes de Prometeo, y con el nacimiento de Heleno

Lucia Romero

como hijo de Pirra y Deucalión, mito que combina las dos grandes versiones de los orígenes y las “desdobra hasta el infinito” (p. 24).

De aquí se derivó el hecho significativo de que cada población griega elaboró de un modo propio sus orígenes no ya comunes sino propios, desde un punto de vista político, es decir, como pueblos asentados sobre un determinado territorio o ciudad. Así, dentro de lo que podríamos denominar los mitos fundacionales que cada localidad desarrolla para sí, para confirmar su identidad, vuelven a distinguirse dos modalidades divergentes: la de aquellas poblaciones que adoptan las leyendas de héroes acogidos en su espacio y al que el héroe agradecido presta sus servicios y favores, y la de aquellas otras que desarrollan la leyenda de héroes propios, autóctonos, nacidos de la propia tierra a la que fundan y bendicen desde y para siempre. Esta última modalidad es exclusiva de Arcadia y Atenas, cuyos héroes – Arkas y Erecteo– definen desde el pasado hasta el presente las características de sus ciudades respectivas.

Es la ciudad de Atenas la que ofrece más muestras de un empleo recurrente del mito de la autoctonía como modelo de inteligibilidad de la propia ciudad así representada. El recurso a la memoria mítica de la autoctonía de Erecteo proporciona al discurso democrático las ventajas de fortalecer la identidad ciudadana basada en el género masculino, de retrotraer a un pasado intemporal y originario la igualdad democrática y de excluir cualquier forma de alteridad respecto a aquellos que son oriundos de la propia tierra.

Los oradores de la democracia ateniense se apropian de los valores tradicionales que el lenguaje aristocrático había convertido en un discurso que ahora amplía su significación sobre un mayor espectro social. Los privilegios de la aristocracia se basaban en una nobleza proveniente del *génos* o familia, raza, clan. Esta *eugeneia* se hace ahora, en el discurso democrático alusivo al mito de la autoctonía, extensivo a absolutamente todos los atenienses, puesto que todos forman un mismo *genos* nacido de la misma tierra que habitan. El mito de Erecteo une en una misma familia, la gran familia de los atenienses, a todos los nacidos en la tierra de Palas Atenea y los hace a todos beneficiarios de sus privilegios en una *aristeia* democrática que se recuerda desde los tiempos legendarios y actualizados del *aiôn*, de un evo que oculta, así, el esforzado coste histórico de la igualdad conseguida por la democracia. La memoria mítica consigue de este modo identidades asombrosas: los nuevos logros garantizados por el *nomos* democrático se hacen *physis*, la *isonomía* es en realidad *isogonía*, la democracia deriva, en definitiva, de la autoctonía.

Respecto al modelo autoctónico de Arcadia, Atenas se presenta como su antinomia, aunque acoge en su espacio cívico a uno de los dioses de aquella región simbólica de la naturaleza agreste y del caos originario. Atenas

dedica en un flanco de la Acrópolis un lugar específico a Pan, una gruta para la deidad que refuerza las diferencias entre un modelo y otro de autoctonía y que, al mismo tiempo, presta espacio a los umbrales de lo salvaje y lo extraño.

En el terreno de lo imaginario, Grecia construye su identidad a partir de polaridades en las que cada localidad se reconoce a sí misma gracias a un criterio operativo de alteridad que hace de todo lo extranjero y foráneo un otro cuya diferencia destaca aún más las señas propias de identidad. En Atenas este principio de alteridad permite distinguir de manera señera al ciudadano por medio de la autoctonía, de donde se derivan otras polaridades constitutivas de la identidad ateniense, tales como la permanencia sobre el territorio frente al movimiento del extranjero y de otras *poleis* fundadas por héroes venidos de fuera, y, también, la pertenencia a un mismo tronco común, a un mismo *phylon*, de donde el rasgo de *homophylon* frente al *allophylon* terminará por ser constitutivo del orgullo de la identidad de Atenas.

Hasta tal punto es importante para Atenas esta unidad articulada de la ideología cívica que la alusión al mito de la autoctonía se constituye en un *topos* tradicional de cualquier discurso fúnebre. Como destaca N. Loraux, la oración pronunciada por Sócrates en el *Menexeno*, pastiche de este género oratorio, da muestras de otras de las consecuencias logradas por la invocación de la autoctonía: la imagen recurrente de una tierra madre a la que imitan las mujeres en su función reproductora.

Tanto historiadores como antropólogos, de Bachofen a J. P. Vernant, coinciden al abordar esta cuestión acerca de las representaciones de la maternidad en el mundo antiguo y, en especial, en Atenas: es la mujer la que imita a la tierra, es el sujeto el que se materializa en receptáculo que acoge la siembra masculina. La naturaleza de la mujer imita a la naturaleza cultivada, y, de resultas, al ser la tierra el modelo originario, el hombre puede pensar sus orígenes como enteramente masculinos, sin necesidad del concurso de la mujer, anteriores a ésta. De hecho, las claves del discurso de autoctonía ateniense son, precisamente, la *parthenogenesis*, la masculinidad, la ciudadanía en definitiva.

La fórmula matrimonial griega pronunciada por el padre de la novia ante el yerno –“te entrego a mi hija para la siembra de hijos legítimos” (*gnêsiôn paidôn ep’ arotôi*)– y festividades como las Tesmoforias, en las que participaban únicamente mujeres casadas que se unen a la tierra mediante determinados ritos relacionados con la fertilidad, parecían refrendar esta interpretación literal de que para el ateniense de época clásica es la mujer la que imita a la tierra en su aportación reproductora. Crédulos a la “bella mentira” (Pl. R. III. 414 c-e) del mito de la autoctonía (p. 130), historiadores

Lucia Romero

y antropólogos asumieron durante un tiempo que las metáforas de la agricultura y el laborar (*aroura*, *arotos*) referidas a las relaciones sexuales y a la fecundación eran expresivas de un modo de pensar que relegaba a la mujer a una función *mimética* de la Tierra Madre. Pero N. Loraux rastrea los orígenes de esta interpretación y vuelve a leer los textos completos, siguiendo el curso de las palabras que conforman los pasajes aludidos por los estudiosos y pone al descubierto “la metáfora sin metáfora” de esta representación. Para esta investigadora, la intención crítica e hiperbólica del *Menexeno* nos pone en la pista de una tradición que remonta hasta Hesíodo y al mito de Pandora, otra vez, a la mujer creada, precisamente, a partir de la tierra.

Mas la analogía entre Pandora y la Tierra Madre, por un lado, y Deméter, por otro, no se sostiene: Hesíodo destaca, justamente, su radical diferencia; frente a estas divinidades, Pandora es sólo una apariencia: volcada hacia lo exterior, Pandora no produce nada, y, desde luego, no ofrece nada bueno. Hesíodo introduce el mito de Pandora en sus poemas dentro de una línea argumental propia y, en cualquier caso, es ciertamente excesivo hacer de dicho mito una representación del imaginario antiguo sobre la mujer y tratar, así, a Hesíodo “comme le porte-parole autorisé de cet imaginaire, par la même occasion durci en idéologie” (p. 185).

Como vemos, la selección de artículos de este libro va trabando una suerte de círculo sobre sí mismo, volviendo al final sobre los temas desbrozados al principio: la feminidad, la autoctonía, la democracia, la ciudadanía ... El libro culmina con un análisis sobre la condición del extranjero en la ciudad democrática de Atenas y sobre los juicios que esta democracia ha recibido en época contemporánea por parte de algunos sectores del mundo de la cultura –como, por ejemplo, el partido del Frente Nacional en la Asamblea celebrada el 2 de mayo de 1990 contra, según el *Journal officiel*, el racismo, el antisemitismo y la xenofobia. Allí, Marie-France Stirbois, la única representante de ese partido, pronuncia un discurso sobre la Grecia antigua, concretamente sobre las primeras democracias, caracterizadas por su “necesaria discriminación” entre extranjeros y ciudadanos (p. 204). La intención de este discurso no era, como sospecha N. Loraux, la de ilustrar a la Asamblea, sino la de “accréditer intellectuellement la position du Front national face à l’immigration et aux immigrés dans la France des années 1990” (p. 205).

N. Loraux nos previene contra los juicios anacrónicos con los que en ocasiones abordamos desde el presente el pasado más antiguo y contra la legitimidad de algunas comparaciones y análisis. La labor del historiador de la Antigüedad es la de recabar una exhaustiva información, describir con rigor el momento histórico analizado y, al confrontarlo con el presente,

tener también en cuenta los entresijos de la tradición que media entre ambos momentos. La propia escritura de N. Loraux es un ejemplo, y un modelo, de ello; hay dos capítulos que se han intercalado en este libro –uno sobre Tucídides y la corrección histórica que ofrece a los atenienses acerca de los tiranicidas Harmodio y Aristogitón, y otro sobre Platón y la figura en su obra del ciudadano y del extranjero– en los que se nos hace visible con iluminadora claridad su método: el de una lectura completa, atenta a todos los hilos que van tejiendo la urdimbre de la escritura, al haz y el envés del texto, al modelo trazado y al trasfondo sobre el cual se destaca ... Observadora atenta de la pieza artística, N. Loraux no se conforma con la primera impresión del mensaje leído, sino que, incrédula, no pierde de vista las palabras elusivas, las contradicciones ... y se empeña en recorrer no sólo el camino recto trazado por el autor, sino también todos los senderos transversales que se entrecruzan y lo hacen, así, más completo.

